La canción de la madre del agua

Si partimos de que la lectura de un libro es siempre un acto individual que pone en conjunción nuestras referencias culturales y las de un autor, en el caso de “La canción de la madre del agua”, de Pedro Tébar, se impone el conocimiento de esos referentes que pertenecen al ser más profundo de los Pedroches, ya que la leyenda se va forjando, posiblemente siempre, a partir de un hecho real, por lejano y olvidado que pueda quedar para los lectores actuales.

Si, como el propio autor ha dicho en algún momento, su obra es un canto a esos miedos ancestrales, no por ello deja de abrirse paso a través de los mismos una voz clara que nos los recuerda, pero que es capaz de trascenderlos y convertirlos en palabra en el tiempo, en las voces de esos personajes, que, una vez conocidos, formarán ya parte de nuestras vidas para siempre. ¿Qué otra cosa mejor puede hacer la literatura?

Situados en ese ya mítico país de Mardencina, “pueblo de señales y respiraciones, aliento del encinar milenario enterrado bajo los umbrales de granito de las casas y las aceras, lugar de bosques y pozos”, la mondadura de patatas de la vieja es el largo hilo de lana que le sirve para ir enlazando sus leyendas, por las que irán desfilando ante nosotros rostros y voces de desaparecidos, fantasmas, hombres lobos, espíritus perversos, moras encantadas, serpientes gigantescas, difuntos que vuelven a visitar sus casas, gallinas y lechuzas premonitorias de muerte, plagas de langostas, mortíferas tormentas, y el mismo tío del saco de nuestros terrores infantiles.

A lo largo del libro el miedo va erigiéndose en otro personaje más que puebla la leyenda de la desaparecida; ese miedo al extraño reflejado en los húngaros que roban la salud; el miedo se cuele a través del silbido de las culebras que sólo callan cuando maman la leche de las recién paridas; se escucha en la voz del pozo oscuro que llama a los suicidas; el miedo se oye en el zumbido de la langosta “que se enseñorea de los campos y entierra sus canutos para perpetuarse dentro de los terrones”; el miedo, el miedo atraviesa los tabiques de las alacenas y los vaseros para pedir un entierro digno, el miedo se percibe en los

ojos del guerrillero que “camina como si fuera un lobo, vive como si fuera un lobo”; el miedo viene de la laguna de aguas cenagosas, humanizada, diabólica y maléfica; **el miedo**, ese miedo llega a través de la lechuza “cuyo canto se asemeja a las cadenas que arrastran los condenados”; el miedo late en esas mujeres que “barren, barren con miedo, barren con furia para no pensar en sus hombres”, y el miedo infantil late ante el temible “ladron de los niños”, convertido en el Tío Marango o la Maranga.

Pero el miedo no agota la lectura, porque “La canción de la madre del agua” se erige asimismo en un monumento a la palabra: recordando a nuestros más entrañables poetas nos transporta al misterio de “Los ojos verdes” de Gustavo Adolfo Bécquer, en la leyenda del *Callejón de la leona*; nos lleva a lo mejor de la narrativa corta con sus relatos enmarcados; nos rescata las voces más genuinas del pueblo como los mejores hombres del 98, y así nos topamos por escrito con los **tiguillos**, de la casa de las culebras, con esas vecinas de palique en el **batiente** del *Callejón de la leona*, el **cuquillo** de “*Érase una vez la langosta*”, las **cabrillas** de la madre del “*Vasero*”, la **culebrilla** o la **cerrecina** de las “*Tormentas*”, el **pingané** de “*Las guerras y los hombres*” o ese prodigio del culto a nuestras voces en la “*Leyenda del difunto Antolín*”, donde la costurera M^a Josefa, vistiendo de medio luto y moviéndose como una **nevereta**, saca el pantalón **zalicorto** a su vecina por tomar las medidas cantando, y su marido muerto le recuerda que es una **bolera** o que cierre la ventana para no matarlo del **resencio** y ella le reprocha el **ensote** que tiene por no volver a su tumba.

Y así con la conjunción de un mundo muy cercano convertido en mágico por el poder de la palabra, la propia voz de Pedro Tébar, pero también todas las demás voces que nos han precedido quedan fijadas para siempre en esta obra que en adelante será un referente indiscutible de nuestras letras y una muestra del merecido premio Solienses que hoy le entregamos.

Buenas tardes y muchas gracias por su asistencia.

Teodora López